

El coatepantli de Tenochtitlan

HISTORIA DE UN MALENTENDIDO

LEONARDO LÓPEZ LUJÁN, ALFREDO LÓPEZ AUSTIN

a Elizabeth H. Boone

Lejos de lo que se supone, el *coatepantli* o “muro de serpientes” nunca delimitó el recinto sagrado de la capital mexicana, el gigantesco cuadrángulo ceremonial que contenía en su interior varias decenas de edificios religiosos. El *coatepantli* era en realidad una estructura arquitectónica de mucho menores proporciones –hecha de mampostería y decorada con esculturas serpentiformes de basalto– que únicamente enmarcaba la plataforma del Templo Mayor, es decir, de la pirámide doble dedicada al culto de Huitzilopochtli y Tláloc.

El límite del recinto sagrado de Tenochtitlan

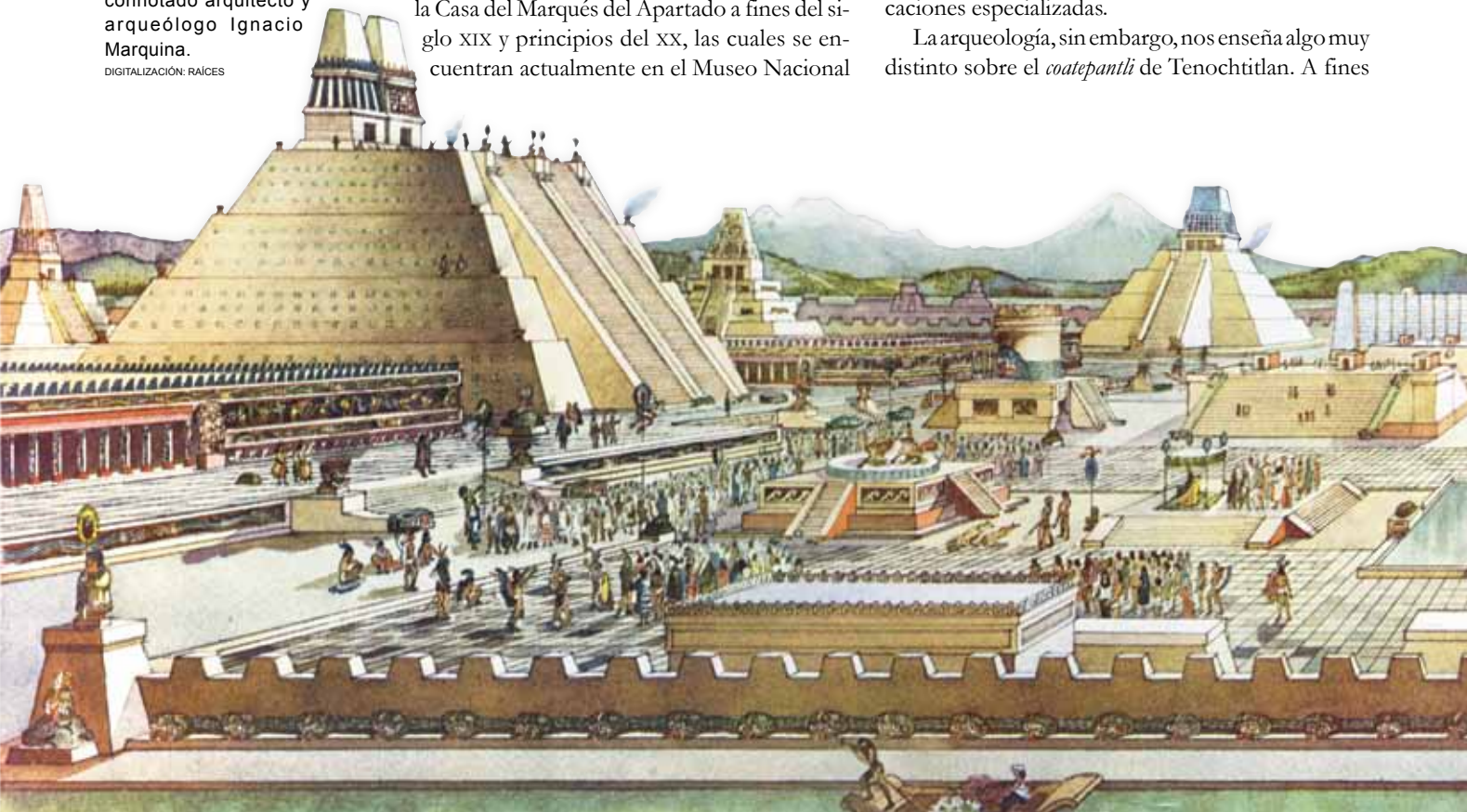
Al escuchar la palabra *coatepantli*, cualquier persona con conocimientos suficientes sobre la cultura mexicana piensa inmediatamente en el muro de serpientes que limitaba el recinto sagrado de Tenochtitlan y que encerraba en su interior decenas de edificios religiosos, entre ellos el Templo Mayor. La palabra puede recordarle también las grandes cabezas de ofidios que fueron exhumadas del atrio de la Catedral y de la Casa del Marqués del Apartado a fines del siglo XIX y principios del XX, las cuales se encuentran actualmente en el Museo Nacional

de Antropología y el Museo del Templo Mayor. E inclusive, puede llegar a evocar las bellas acuarelas y la maqueta del arquitecto Ignacio Marquina, donde un paramento vertical, almenado y con incontables esculturas serpentiformes sirve como separación entre los espacios sagrado y profano de la antigua capital insular. Tal conexión, de hecho, va más allá de la sabiduría de un individuo ilustrado, pues se encuentra bien arraigada en la literatura sobre los mexicas, desde las revistas de divulgación hasta las publicaciones especializadas.

La arqueología, sin embargo, nos enseña algo muy distinto sobre el *coatepantli* de Tenochtitlan. A fines

El recinto sagrado de Tenochtitlan y su muro límite de serpientes, según una conocida acuarela del connotado arquitecto y arqueólogo Ignacio Marquina.

DIGITALIZACIÓN: RAÍCES



de 1981, en el marco del Proyecto Templo Mayor, los arqueólogos Eduardo Contreras y Pilar Luna exploraron el sector ubicado justo al oriente de la pirámide de Huitzilopochtli y Tláloc. Varios meses de trabajo dejaron al descubierto una estructura de grandes dimensiones que hemos denominado Edificio J. Se trata de una plataforma que corre longitudinalmente de norte a sur y que continúa hacia zonas que no pudieron ser excavadas en aquel entonces. Sus fachadas este y oeste se caracterizan por una sucesión de alfardas y escalinatas, aunque también se observa la intercalación de uno que otro paramento vertical. Durante las exploraciones del Edificio J se detectaron dos ampliaciones que, al parecer, se construyeron de manera simultánea a las etapas VI y VII del Templo Mayor (ca. 1486-1520 d.C.). Lamentablemente, la parte más alta de la última ampliación fue destruida en la primera mitad del siglo XX, quedando intactos únicamente los primeros peldaños de sus escalinatas oriente y poniente.

Desde el momento de su descubrimiento, Eduardo Matos Moctezuma (1981, pp. 41-45; 1984, pp. 20-21) hizo ver que el Edificio J era nada menos que el límite del recinto sagrado de Tenochtitlan y que su configuración distaba mucho de la de un hipotético muro de serpientes. Como prueba de tal identificación, Matos recordó la existencia de una plataforma de las mismas características que delimita el recinto sagrado de Tlatelolco, cuando menos en sus lados norte y este, la cual fue descubierta por Francisco González Rul en 1961. Lo anterior significa que para ingresar a cualquiera de los dos recintos era necesario remontar la plataforma en cuestión, subiendo y bajando sus escalinatas externa e interna, o bien atravesar por los accesos ubicados en los lugares donde la plataforma se interrumpía.

Años más tarde y ya en el marco del Programa de Arqueología Urbana, esta misma plataforma fue detectada en otros puntos del Centro Histórico de la ciudad de México. Diego Jiménez Badillo halló el tramo meridional en 1991-1993, bajo los llamados “patios marianos” del Palacio Nacional; Raúl Barrera Rodríguez encontró otra parte del tramo oriental en 1997-1999, en la calle de Lic. Primo Verdad y por debajo del ahora denominado Palacio de la Autonomía Universitaria, y Alberto Díez-Barroso descubrió parte del tramo occidental en 2003, justo en la intersección de las calles de Monte de Piedad y 5 de Mayo. En todos estos casos, la configuración de la plataforma seguía exactamente el mismo patrón observado por Contre-

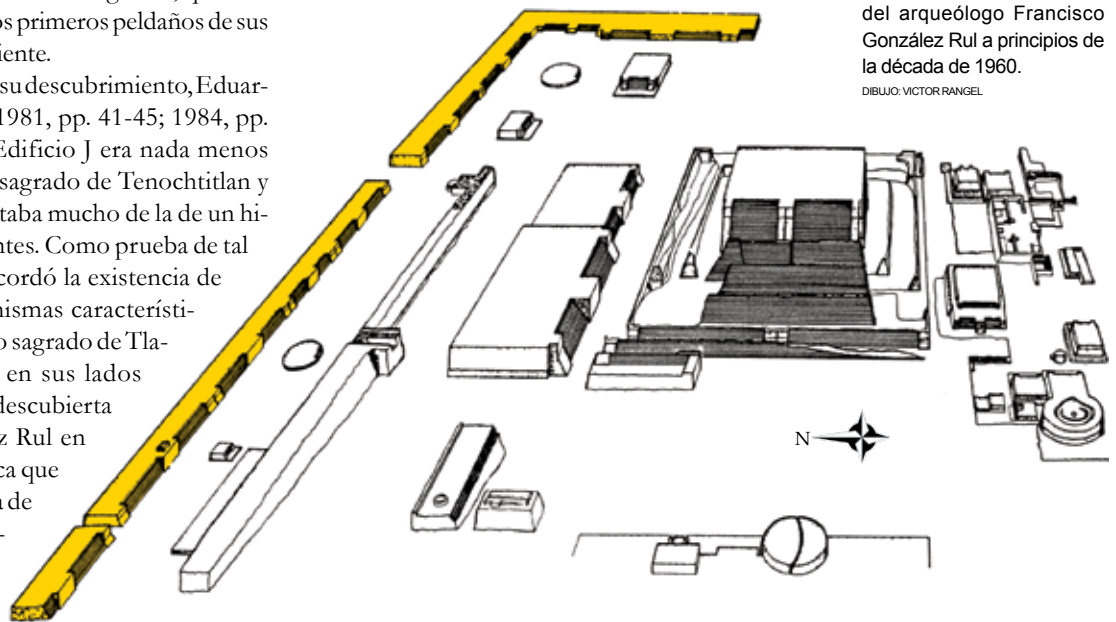


Una parte del tramo oriental de la plataforma limítrofe del recinto sagrado de Tenochtitlan (Edificio J) fue exhumada por el equipo de Eduardo Matos Moctezuma. Está frente al acceso del Museo del Templo Mayor.

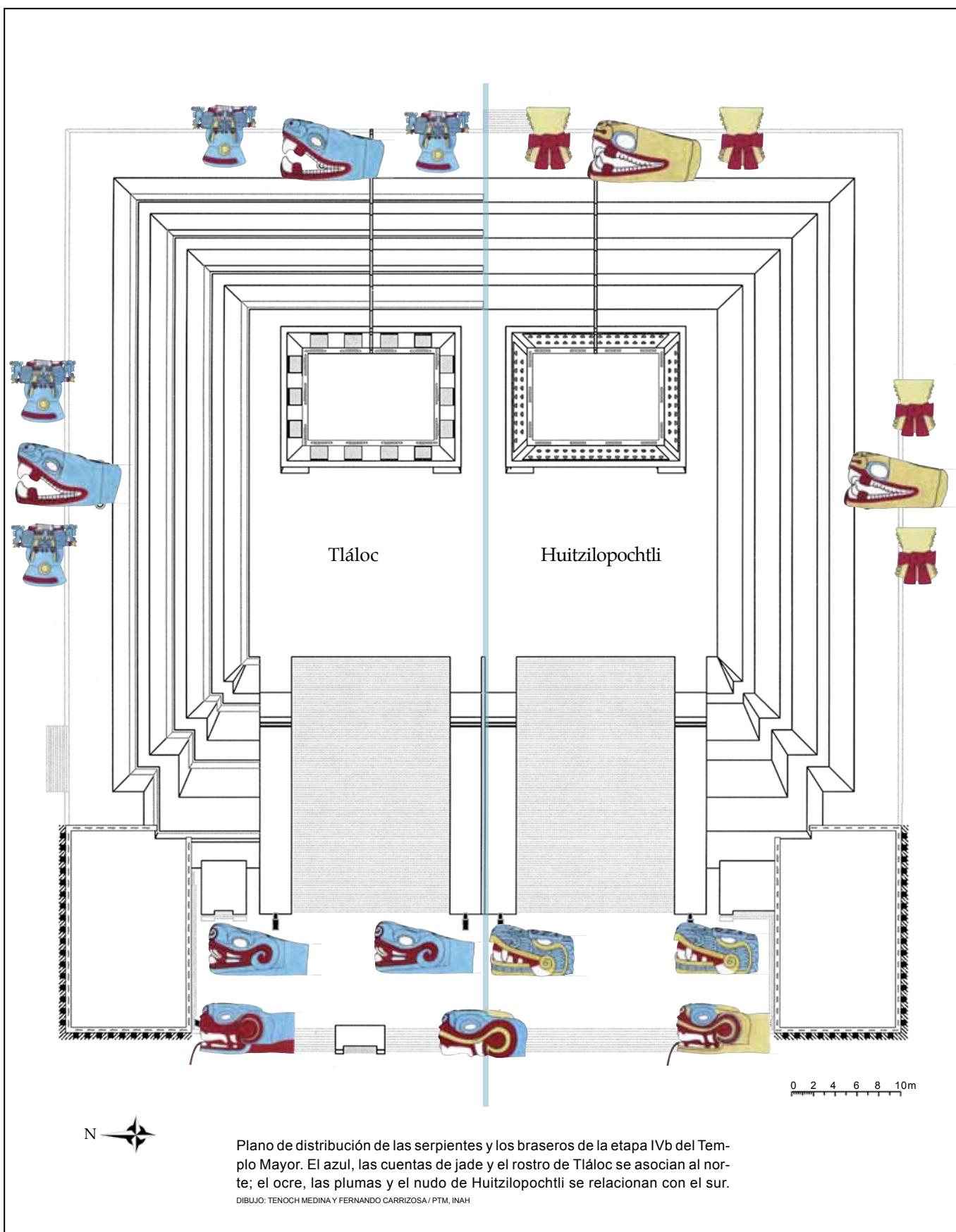
FOTO: LEONARDO LÓPEZ LUJÁN / PTM, INAH

Los tramos norte y este de la plataforma limítrofe del recinto sagrado de Tlatelolco fueron excavados por el equipo del arqueólogo Francisco González Rul a principios de la década de 1960.

DIBUJO: VICTOR RANGEL



El verdadero *coatepantli* de Tenochtitlan es de dimensiones reducidas. Se trata de la plataforma decorada con grandes serpientes que corresponde a la etapa IVb del Templo Mayor. Abajo se ve el momento del traslado del monolito de la diosa Tlaltecuctli al Museo del Templo Mayor. FOTO: KENNETH GARRETT



ras y Luna en 1981, es decir, una sobria estructura carente de cualquier ornamentación escultórica.

En resumen, los resultados de cuatro exploraciones realizadas por arqueólogos diferentes y en épocas distintas nos permiten afirmar que el límite perimetral del recinto no era un paramento vertical decorado con serpientes, como versa la creencia generalizada, sino una ancha plataforma similar a la de la Ciudadela de Teotihuacan, aunque de mucho menor altura. Conjuntando los datos arqueológicos disponibles hasta la fecha, podemos estimar que los dos tramos de dicha plataforma orientados de norte a sur medían unos 460 m de longitud, en tanto que los dos orientados de este a oeste tenían cerca de 430 metros.

El verdadero coatepantli

Si dirigimos nuestra mirada hacia las demás áreas exploradas del recinto sagrado de Tenochtitlan, nos daremos cuenta de que el único conjunto arquitectónico y escultórico susceptible de ser identificado con el enigmático *coatepantli* se localiza exactamente al pie del Templo Mayor. Nos referimos a la plataforma sobre la que se desplanta esta pirámide, la cual está calificada con espectaculares esculturas monolíticas de ofidios simbolizando que el edificio en su conjunto es una recreación terrenal del mítico Coatepec o “Cerro de las Serpientes”. Por si esto fuera poco, esta plataforma tiene empotradas en los paramentos verticales de sus esquinas noroeste y suroeste numerosas tallas de pequeñas dimensiones que también figuran cabezas de ofidios.

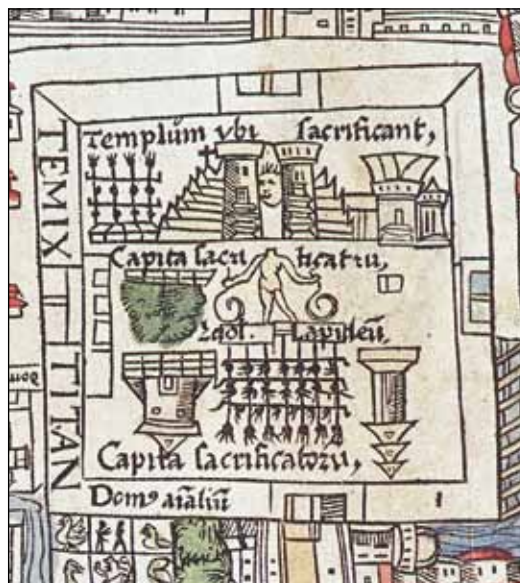
La plataforma mejor conservada corresponde a la etapa IVb y data del reinado de Motecuhzoma Ilhuicamina (1440-1469 d.C.) o del de Axayácatl (1469-1481 d.C.). Su parte oeste, ubicada frente a la fachada principal del Templo Mayor, es muy amplia e idónea para llevar a cabo sobre ella una gran diversidad de rituales. Tiene 59.83 m de longitud, 8.6 m de ancho y 1.10 m de altura, además de una escalinata de 33.87 m de largo y de sólo cuatro peldaños que salva el desnivel existente entre el piso de la plaza y la parte superior de la plataforma. Por el contrario, se reducen a estrechos corredores las porciones norte (60.90 x 2.44 m x 52 cm), sur (60.77 x 2.38 m x 70 cm) y este (62.10 x 1.78 m x 52 cm) de esta misma plataforma.

Aunque sólo se conservan *in situ* seis cabezas monolíticas, sabemos que la etapa IVb tuvo originalmente ocho, todas ellas talladas en basalto y decoradas con pigmentos azul, ocre, rojo, blanco y negro. Mencionemos en primer lugar las tres impresionantes serpientes que limitan la plataforma de la pirámide por el oeste. Dos de ellas tienen largos cuerpos ondulantes elaborados de mampostería y recubiertos de estuco. La serpiente del norte —correspon-

diente a la mitad del edificio consagrada al culto de Tláloc— es mayoritariamente azul, color de naturaleza fría y relacionado con las deidades pluviales y la temporada húmeda del año. Su cuerpo mide 58 x 62 x 663 cm, en tanto que su cabeza tiene 72 x 69 x 107 cm. La serpiente del sur —perteneciente a la mitad del edificio dedicada al culto de Huitzilopochtli— es primordialmente ocre, color de naturaleza cálida y vinculado con el Sol, el fuego y la vegetación durante la temporada de secas. Su cuerpo alcanza los 63 x 66 x 541 cm, mientras que su cabeza tiene 73 x 80 x 112 cm. Entre ambas serpientes y justo sobre el eje central del edificio, existe la cabeza de una tercera, la cual combina de manera equilibrada el azul y el ocre. Ésta mide 66 x 78 x 107 cm.

Las dos escalinatas de la pirámide también están flanqueadas por grandes cabezas de basalto. El par de esculturas de la escalinata norte (68 x 84 x 98 y 69 x 80 x 100 cm) llevan dos cuentas de jade sobre su lomo. En contraste, el par de la escalinata sur (69 x 88 x 106 y 72 x 85 x 113 cm) están emplumadas y tienen el símbolo de la estera sobre los ojos. A nivel cromático, las serpientes del norte se distinguen por un claro predominio del color azul, en tanto que las del sur también son azules, pero con importantes destellos ocres.

La dicotomía es más contundente en las cuatro cabezas de serpiente que fueron colocadas en las fachadas laterales y la fachada posterior de la pirámide. Todas ellas tienen como común denominador relieves que representan las escamas de la nariz. Las dos cabezas de la mitad norte poseían seguramente cuentas de jade sobre el lomo y eran de color azul. La oriental mide 84 x 83 x 117 cm y está en buen estado de conservación; por desgracia, la septentrio-



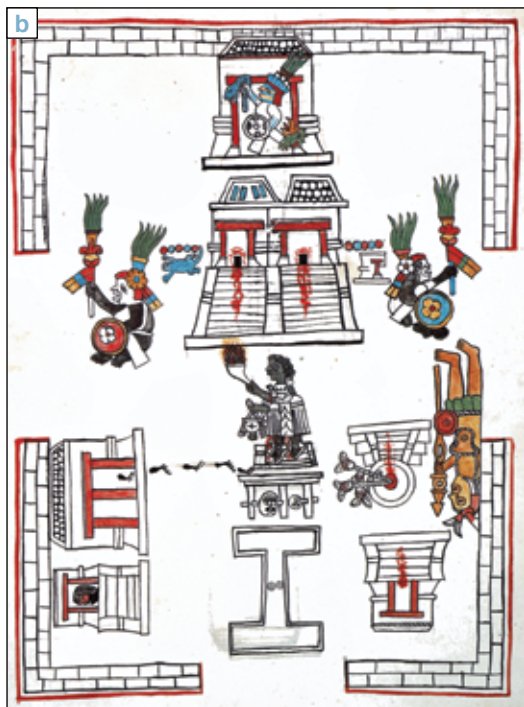
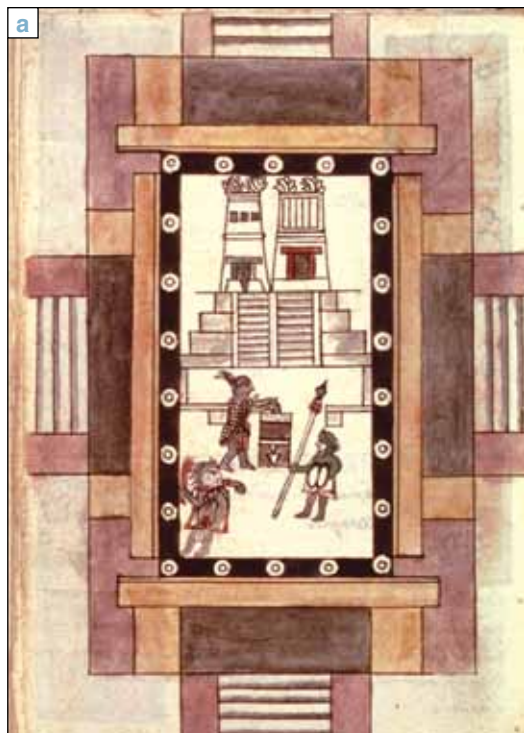
El muro límite del recinto sagrado de Tenochtitlan según el Plano de 1524 de Hernán Cortés.

DIGITALIZACIÓN: RAÍCES

nal fue robada o destruida cuando se construyó un inmueble moderno en la primera mitad del siglo xx. En contraste, las dos cabezas de la mitad sur están desprovistas de cuentas y son mayoritariamente ocre. La meridional mide 64 x 80 x 84 cm, en tanto que la oriental (removida en 1900 durante la construcción de un ducto de aguas residuales y actual-

mente en el Museo Nacional de Antropología) tiene 72 x 81.5 x 114 cm. Dicho patrón cromático se reitera en los grandes braseros de mampostería que flanquean a cada una de estas cuatro cabezas con escamas geométricas. Aunque incompletos, es claro que los cuatro braseros del norte estaban decorados con rostros del dios de la lluvia y abundante pigmento azul. Y los cuatro braseros del sur estaban calificados por el nudo rojo de Huitzilopochtli y superficies de color ocre.

Como el lector podrá notar en el dibujo de planta del Templo Mayor (véase p. 66), el azul fue el color elegido para las cabezas y los braseros de la mitad dedicada al dios de la lluvia y el ocre el seleccionado para las cabezas y los braseros de la mitad consagrada al dios solar. Esto nos indica que el programa dual del edificio no sólo se valió de la complementariedad iconográfica de los símbolos de lo precioso (cuentas de jade/plumas) y de alusiones directas a los patrones del templo (rostros de Tláloc/nudos de Huitzilopochtli), sino también de la oposición cromática (azul/ocre). Al respecto, Elodie Dupey ha hecho notar que la palabra náhuatl *xoxótlitl*, usada para nombrar el color azul-verde, pertenece al campo semántico de la muerte, lo crudo y la vegetación en su aspecto fresco y tierno. Xoxouhqui era también uno de los nombres de Tláloc. Por su parte, la palabra *cozauhqui*, empleada para denominar el amarillo, pertenece al ámbito semántico de la vida, lo seco y la madurez de los cereales. Junto con el rojo, el amarillo era el color del Sol y del dios del fuego, quien era llamado Ixcozauhqui o “El que tiene la cara amarilla”.



a) El muro limítrofe del recinto sagrado de Tenochtitlan según el *Codex Aubin*, f. 42r. Se observa en el interior el Templo Mayor y su “patio particular”. b) El muro limítrofe del recinto sagrado de Tenochtitlan según los *Primeros Memoriales*, f. 269r. c) El *coatepantli* del Templo Mayor de Tenochtitlan según la *Historia de las Indias de Nueva España e islas de tierra firme*, de fray Diego Durán, vol. I, p. 23

DIGITALIZACIONES: RAÍCES



El muro limítrofe del recinto sagrado de Tenochtitlan según la *Historia...* de Antonio de Solís, f. 42r.

DIGITALIZACIÓN: RAICES

La información histórica

Comparemos ahora la información arqueológica con los datos que nos proporcionan las fuentes documentales del siglo XVI. Tristemente, poco o nada se dice en las relaciones de los conquistadores acerca del límite perimetral del recinto sagrado de Tenochtitlan. Hernán Cortés (1994, p. 64), por ejemplo, señala en forma lacónica que era un “muro muy alto” y Bernal Díaz del Castillo (1982, cap. XCII, p. 191) habla de unas cercas de cal y canto. Por su parte, las historias redactadas por los frailes, basadas en los reportes de informantes indígenas, tampoco se dedican demasiado al asunto. Fray Diego Durán (1984, Ritos, cap. II, vol. I, pp. 22-23), a manera de ilustración, se limita a decir que el patio tenía cuatro entradas, en tanto que fray Bernardino de Sahagún (2000, lib. II, apéndice, vol. I, p. 281) registra la existencia de unas pequeñas casas de penitencia llamadas *calpulli* “de que estaba cercado todo el patio de la parte de adentro”.

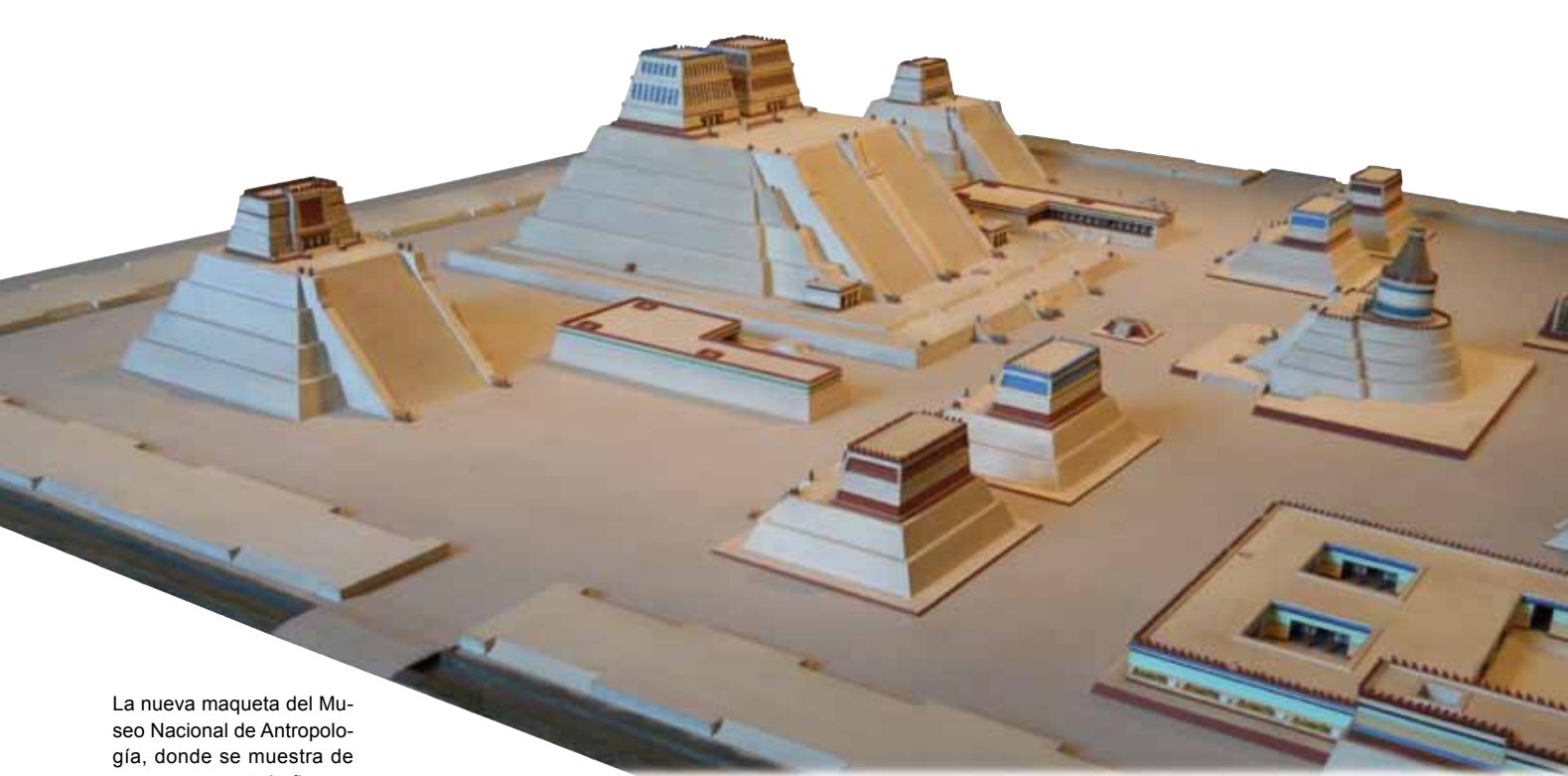
Encontramos datos más explícitos en las tres imágenes más antiguas y fidedignas del recinto sagrado tenochca: el “Plano de 1524”, que acompaña la traducción al latín de la *Segunda carta de relación* de Cortés; la esquemática representación del f. 42r del *Codex Aubin*, donde se representa la matanza acontecida en *tóxcatl* de 1520, y el célebre dibujo del f. 269r de los *Primeros Memoriales* de Sahagún. Acerca del tema que nos preocupa, el plano cortesiano muestra lo que parece ser una plataforma perimetral interrumpida por cuatro accesos. Algo similar se observa en el *Aubin*, donde cuatro escalinatas con alfardas conducen a portales aparentemente contruidos sobre una plataforma cuadrangular que sirve como límite. Por el contrario, en la imagen saha-

guna se advierte un muro de mampostería y tres vanos de acceso que enmarcan los edificios religiosos del recinto.

Es claro que los datos que nos ofrecen las fuentes históricas sobre el perímetro del recinto sagrado no sólo son vagos, sino que en ocasiones resultan contradictorios. Sin embargo, es muy sospechoso que en todos estos documentos falte una mínima alusión textual o visual a una decoración de serpientes. Esto no nos parece casual, pues de haber existido esculturas de grandes ofidios en torno al recinto, éstas hubieran llamado poderosamente la atención de los indígenas y europeos que conocieron la construcción, y al menos alguno de ellos hubiera dejado testimonio de su pasada existencia.

La más contundente de todas las noticias sobre el *coatepantli* se localiza en la obra de Durán (1984, Ritos, cap. II, vol. I, p. 23). Allí hay un conocido dibujo donde se aprecian claramente la gran pirámide doble y su plataforma frontal, ésta limitada por dos sucesiones de cuatro cabezas de serpientes que se quiebran en ángulo recto. El espacio enmarcado por tales serpientes contiene la significativa glosa “patio”. Y el pasaje que explica este revelador dibujo no deja lugar a dudas de que el *coatepantli* no rodeaba el recinto sagrado, sino lo que Durán (1984, Ritos, cap. II, vol. I, pp. 20-21) denomina el “patio particular” del Templo Mayor, es decir, la plataforma de la pirámide doble. El dominico dice a la letra:

Y es de saber que, de ocho a nueve templos que en la ciudad había, todos estaban pegados unos con otros, dentro de un circuito grande [el recinto sagrado], dentro del cual circuito, cada uno estaba arriado al otro y tenía sus gradas particulares y su pa-



La nueva maqueta del Museo Nacional de Antropología, donde se muestra de manera correcta la fisonomía del muro limítrofe del recinto sagrado.

FOTO: LEONARDO LÓPEZ LUJÁN

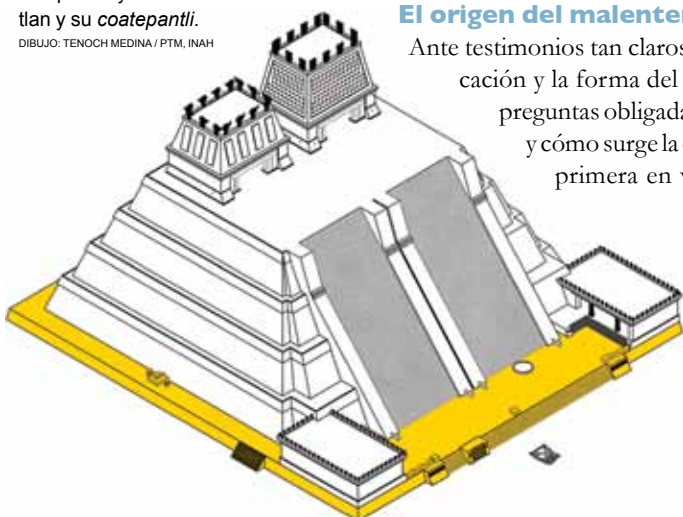
tio particular, y sus aposentos y dormitorios para los ministros de los templos.

Todo lo cual tomaba mucho campo y lugar, que ver unos más altos que otros, y otros más galanos que otros [...]

Pero tratando del templo en particular del ídolo de que vamos tratando [Huitzilopochtli], por ser del principal dios, era el más suntuoso y galano que entre todos había. Tenía una cerca muy grande de su patio particular, que toda ella era de piedras grandes, labradas como culebras, asidas las unas de las otras. Las cuales piedras el que las quisiese ver, vaya a la iglesia mayor de México, y allí las verá servir de pedestales y asientos de los pilares de ella. Estas piedras que agora allí sirven de basas sirvieron de cerca en el templo de Huitzilopochtli y llamábanla a esta cerca coatepantli, que quiere decir “cerca de culebras” [el subrayado es nuestro].

Dibujo reconstructivo del Templo Mayor de Tenochtitlan y su coatepantli.

DIBUJO: TENOCH MEDINA / PTM, INAH



El origen del malentendido

Ante testimonios tan claros sobre la ubicación y la forma del coatepantli, las preguntas obligadas son cuándo y cómo surge la confusión. La primera en vislumbrar el

origen del malentendido fue la historiadora del arte norteamericana Elizabeth H. Boone (1987, pp. 14, 19, 59). De acuerdo con nuestras propias investigaciones, la clave para descifrar estas incógnitas se encuentra en la *Segunda Relación* de fray Juan de Tovar, una de cuyas versiones es el conocido *Códice Ramírez* (1944, pp. 124-125). Como es bien sabido, en este manuscrito Tovar no hizo más que condensar la entonces inédita *Historia* de Durán. Lo anterior puede confirmarse en su pasaje sobre el recinto sagrado, el Templo Mayor y el coatepantli:

La hermosura de este templo era muy grande, había en la ciudad ocho o nueve como él, los cuales estaban pegados unos con otros, dentro de un circuito grande, y tenían sus gradas particulares y su patio con aposentos y dormitorios para los ministros de los templos; todo esto tomaba mucho campo y lugar.

[...] el del principal Huitzilopochtli era el más suntuoso y galano, y así se hará mención de él en particular. Tenía este templo una cerca muy grande, que formaba dentro de sí un muy hermoso patio; toda ella era labrada de piedras grandes, a manera de culebras asidas las unas de las otras; llamábase esta cerca Cobuatēpantli, que quiere decir cerca de culebras. [el subrayado es nuestro].

Como podrá percatarse el lector, Tovar describe aquí el coatepantli como una “cerca muy grande”, pero sin aclarar con todas sus letras que el “hermoso patio” que limitaba dicha cerca era exclusivo (“particular”) del Templo de Huitzilopochtli, tal y como lo hace Durán. Este detalle, que en primera instancia pudiera parecer insignificante, muy probablemente fue el

que desencadenó el malentendido que aún impera en nuestros días. En efecto, entre 1586 y 1587, Tovar envió su manuscrito a otro jesuita, el padre Joseph de Acosta, quien se encontraba en Génova. Ante la riqueza de este texto, Acosta lo usó profusamente para componer su *Historia natural y moral de las Indias*. De hecho, Acosta transcribió literalmente muchos pasajes de Tovar, sin imaginar siquiera que indirectamente reproducía a Durán. En el relativo al recinto sagrado, el Templo Mayor y el *coatepantli*, Acosta (1962, p. 237) dice lo siguiente: “Había pues en México el cu, tan famoso templo de Vitziliputztl, que tenía una cerca muy grande, y formaba dentro de sí un hermoso patio; toda ella era labrada de piedras grandes a manera de culebras asidas las unas a las otras, y por eso se llamaba esta cerca *coatepantli*, que quiere decir cerca de culebras” [el subrayado es nuestro].

Muchos años después, Antonio de Solís, Cronista Mayor de Indias de 1661 a 1686, fue el primero en caer en la trampa, al inspirarse libremente en la publicación de Acosta. Para aquel entonces, ésta había alcanzado gran celebridad, a través de dos reediciones en castellano y varias traducciones al italiano, francés, alemán, inglés, holandés y latín. Solís, por tanto, no dudó en usarla para redactar su *Historia de la Conquista*. Transcribimos a continuación el pasaje de Solís (1988, f. 278) que nos atañe:

Los Templos (si es lícito darles este nombre) se levantaban sumptuosamente sobre los demás Edificios: y el mayor, donde residía la suma Dignidad de aquellos inmundos Sacerdotes, estava dedicado al Idolo *Vitzilipustli*, que en su lengua significava Dios de la Guerra... Notablemente discuerdan los Autores en la descripción de este sobervio Edificio. Antonio de Herrera se conforma demasiado con Francisco Lopez de Gomara. Los que vieron entonces, tenían otras cosas en el cuidado, y los demás tiraron las líneas a la voluntad de su consideracion. Seguimos al Padre Joseph de Acosta, y a otros Autores de los mejor informados.

Su primera mansion era una gran Plaza en quadro, con su Muralla de Sillería, labrada por la parte de a fuera con diferentes lazos de Culebras encadenadas, que davan horror al Portico, y estaban allí con alguna propiedad...

Tenía la Plaza quatro puertas correspondientes en sus quatro lienzos, que miravan a los quatro Vientos principales. En lo alto de las Portadas avia quatro Estatuas de piedra, que señalavan el camino, como despidiendo a los que se acercavan, mal dispuestos; y tenían su presuncion de Dioses liminares: por que recibían algunas reverencias a la entrada. Por la parte interior de la Muralla estaban las habitaciones de los Sacerdotes, y dependientes de su Ministerio, con algunas Oficinas, que corrían todo el ambito de la Plaza,

sin ofender el quadro; dexandola tan capaz, que solían bailar en ella ocho, y diez mil personas, quando se juntavan a celebrar sus Festividades.

Ocupava el centro de esta Plaza, una gran Maquina de Piedra [el templo de Huitzilopochtli y Tláloc], que a cielo descubierto, se levantava sobre las Torres de la Ciudad...

Solís (1988, f. 263) incluyó en su *Historia* un grabado estrambótico que corresponde a la perfección con su texto. En él se observa un muro perimetral con puertas de medio punto y paredes colmadas de culebras, las casas de los sacerdotes y, al centro, el Templo Mayor. Vale decir que, al poco tiempo de su publicación, el bien redactado y ameno libro de Solís se convirtió en el clásico indiscutible sobre la Conquista. Esto hizo que su disparatada estampa del recinto sagrado se popularizara e, inclusive, fuera reproducida con ciertas variantes en otras publicaciones.

Desde aquel entonces todos los autores que han hablado sobre el *coatepantli* han perpetuado el error difundido por Solís, con la gloriosa excepción de Alfredo Chavero (s/f, pp. 692-697), quien dice que el *coatepantli* rodeaba sólo el patio frontero a la pirámide. Mucho tiempo después, el propio Marquina (1951, p. 193; 1960, pp. 47-55) se percató de que el *coatepantli* se encontraba en realidad al pie del Templo Mayor, pero ya no corrigió la fisonomía del muro perimetral del recinto sagrado en sus acuarelas ni en su maqueta... 

- Leonardo López Luján. Doctor en arqueología por la Université de Paris X-Nanterre. Investigador del Museo del Templo Mayor y profesor de la Escuela Nacional de Conservación, Restauración y Museografía, ambos del INAH.
- Alfredo López Austin. Doctor en historia por la UNAM. Investigador emérito del Instituto de Investigaciones Antropológicas y profesor de la Facultad de Filosofía y Letras, ambos de la UNAM.

PARA LEER MÁS...

- ACOSTA, Joseph de, *Historia natural y moral de las Indias*, FCE, México, 1962.
- BOONE, Elizabeth Hill, “Templo Mayor Research, 1521-1978”, en *The Aztec Temple Mayor*, E.H. Boone (ed.), Dumbarton Oaks, Washington, D.C., 1987, pp. 5-69.
- Códice Ramírez, Leyenda, México, 1944.
- CORTÉS, Hernán, *Cartas de Relación*, Porrúa, México, 1994.
- CHAVERO, Alfredo, *Historia antigua y de la conquista*, en V. Riva Palacio (ed.), *México a través de los siglos*, 5 vols., Herreras, México, vol. 1, s/f.
- DÍAZ DEL CASTILLO, Bernal, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, Instituto Gonzalo Fernández de Oviedo, Madrid, 1982.
- DURÁN, Fray Diego, *Historia de las Indias de Nueva España e Islas de tierra firme*, 2 vols., Porrúa, México, 1984.
- LÓPEZ Austin, Alfredo, y Leonardo López Luján, *Monte Sagrado-Templo Mayor*, INAH/UNAM, México, 2009.
- MARQUINA, Ignacio, *Arquitectura prehispánica*, INAH, México, 1951.
- , *El Templo Mayor de México*, INAH, México, 1960.
- MATOS MOCTEZUMA, Eduardo, *Una visita al Templo Mayor*, INAH, México, 1981.
- , “Los edificios aledaños al Templo Mayor de Tenochtitlan”, *Estudios de Cultura Náhuatl*, 1984, vol. 17, pp. 15-21.
- SAHAGÚN, fray Bernardino de, *Historia general de las cosas de Nueva España*, 3 vols., Conaculta, México, 2000.
- SOLÍS, Antonio de, *Historia de la Conquista de México*, Miguel Ángel Porrúa, México, 1988.